



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

HISTORIA DE UNA MONTAÑA

Élisée Reclus

Prefacio

Bérengère Cournut

Ilustraciones

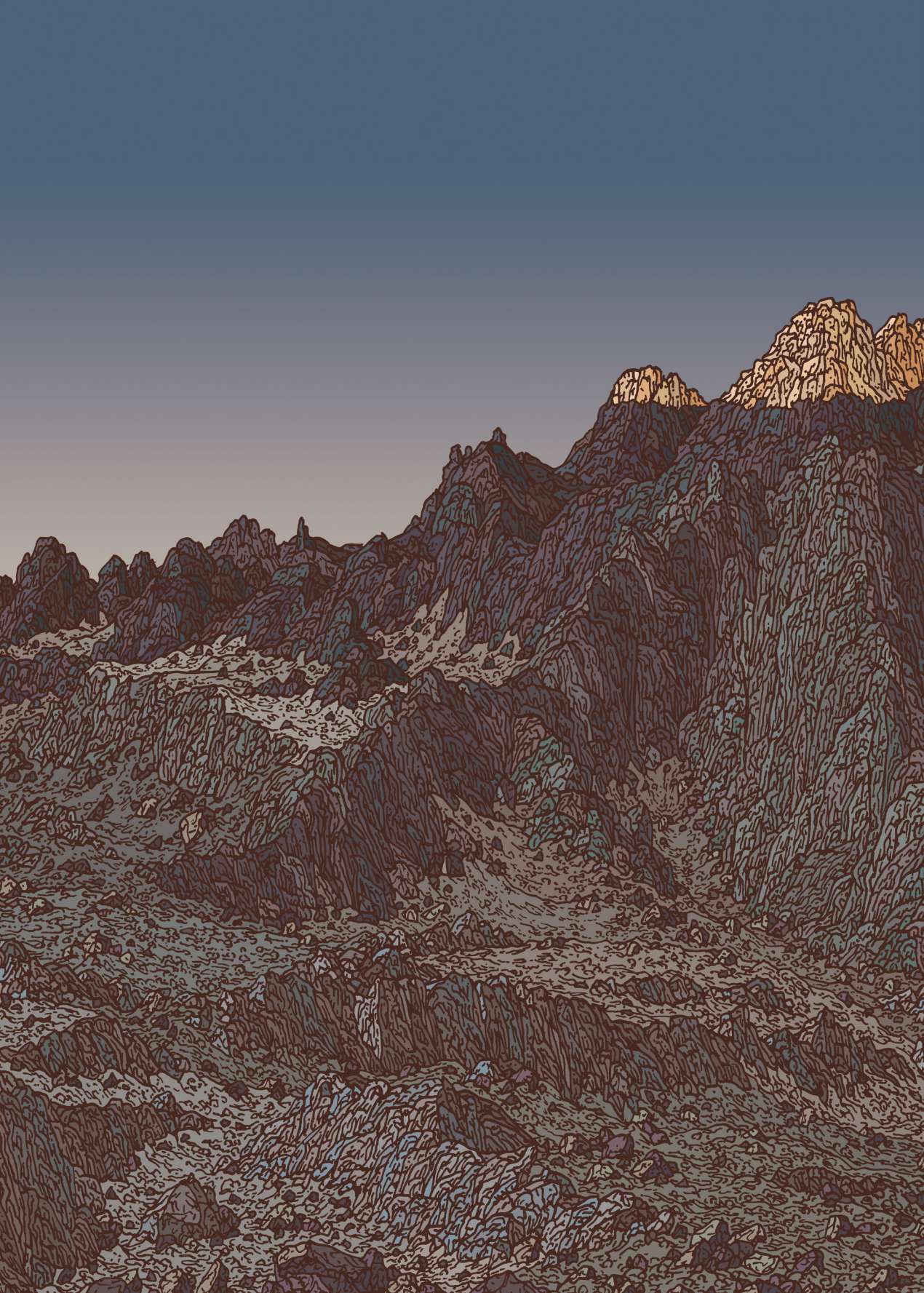
Clément Vuillier

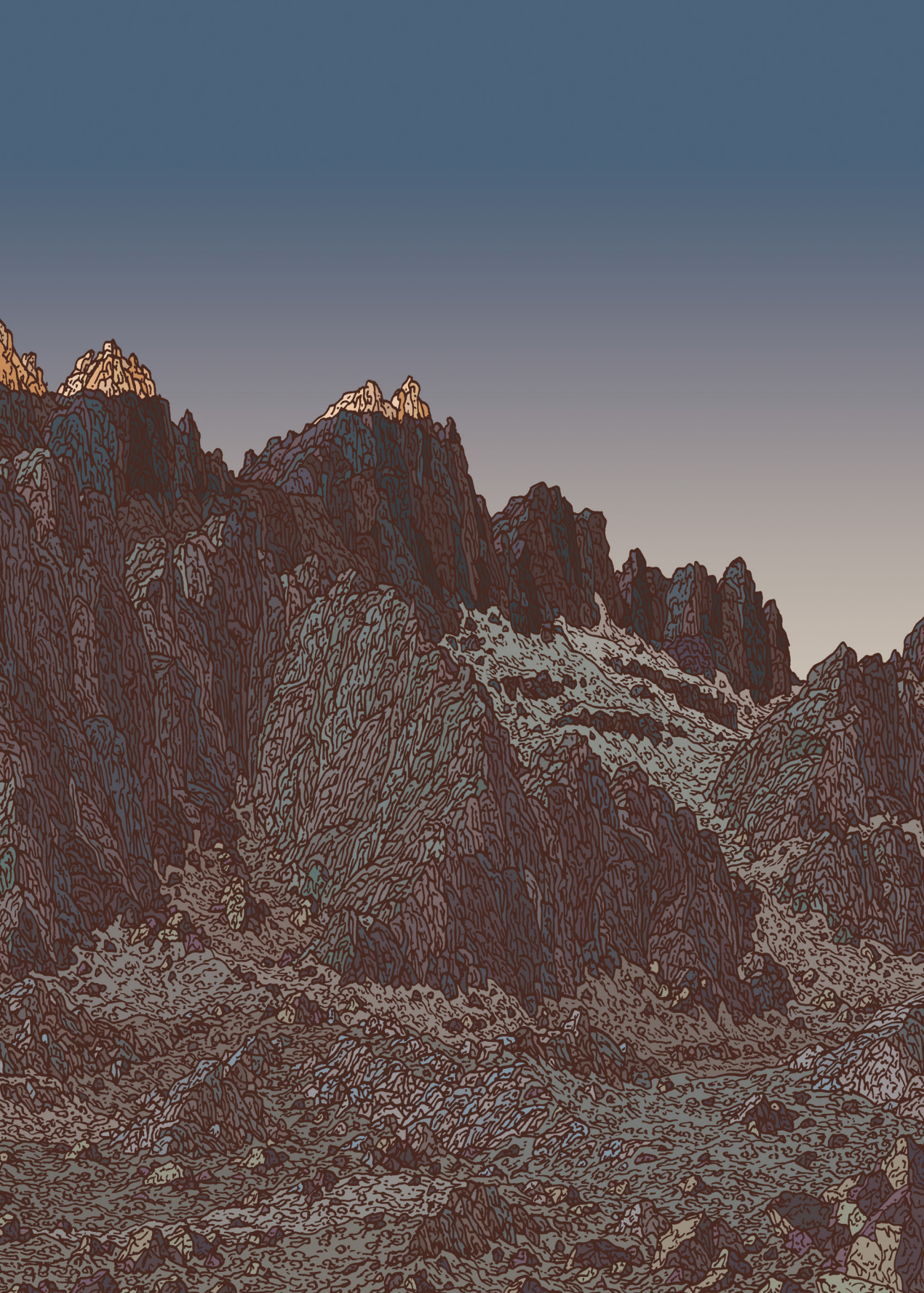
Traducción

Marcos Nava García



errata naturae





PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Histoire d'une montagne*

© Graphic conception, foreword and illustrations, Reliefs Éditions, 2023

© de la traducción, Marcos Nava, 2026

© Errata naturae editores, 2026

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-34-4

DEPÓSITO LEGAL: M-26292-2025

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE CUBIERTA: Clément Vuillier

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Índice

Prefacio	9
Capítulo 1. El refugio	19
Capítulo 2. Las cimas y los valles	25
Capítulo 3. La roca y el cristal	33
Capítulo 4. El origen de la montaña	43
Capítulo 5. Los fósiles	53
Capítulo 6. La destrucción de las cumbres	59
Capítulo 7. Los desprendimientos	67
Capítulo 8. Las nubes	75
Capítulo 9. La niebla y la tormenta	83
Capítulo 10. Las nieves	91
Capítulo 11. La avalancha	103
Capítulo 12. El glaciar	109
Capítulo 13. La morrena y el torrente	119
Capítulo 14. Los bosques y los pastos	127
Capítulo 15. Los animales de la montaña	139
Capítulo 16. La distribución de los climas	147
Capítulo 17. El libre montañés	157
Capítulo 18. El cretino	171
Capítulo 19. La adoración de las montañas	181
Capítulo 20. El olimpo y los dioses	193
Capítulo 21. Los espíritus	201
Capítulo 22. El hombre	207

Prefacio

por Bérengère Cournut

A menudo se lee *Historia de una montaña* como la pareja natural de *Historia de un arroyo*, tal vez el más conocido de los libros de Élisée Reclus, a quien también debemos unos trescientos artículos científicos y de teoría política anarquista, así como una monumental obra geográfica. Publicado en 1869, aquel breve ensayo sigue el curso natural de un arroyo desde su nacimiento hasta el océano, pasando por el recorrido infinito de los distintos tiempos geológicos. Mezclando con acierto las ciencias naturales y la historia de la humanidad, el libro es aún hoy en día, para muchos lectores, un manifiesto de vida y optimismo.

Historia de una montaña se publicó once años después, en 1880. Esta segunda obra se centra en describir la belleza áspera de las altas cumbres: la nieve y los glaciares, la niebla y las nubes, las avalanchas, los desprendimientos, la erosión. Pero también retrata con extraordinaria maestría a los seres vivos, animales y humanos, que pueblan estos lugares sometidos a leyes muy diferentes a las que rigen los valles y las ciudades, sin olvidar las leyendas y los mitos que durante largo tiempo han moldeado la representación que nos hemos hecho de estos paisajes tantas veces inaccesibles.

Si bien a primera vista el libro que el lector se dispone a abordar tiene una intención similar a la de *Historia de un arroyo* —abrazar la naturaleza y al ser humano en un mismo envite del pensamiento—, el tono de este volumen es en esencia diferente. Si no prestamos demasiada atención, podría parecer incluso «menos logrado» que su predecesor.

Esto se explica, quizá, por su tema. La montaña es un universo más desconocido y salvaje que los cursos acuáticos que se encuentran a los pies de las zonas que habitamos. Aunque

Élisée está familiarizado con los paisajes de altura, ya que los recorría en numerosas ocasiones como senderista y geógrafo, es como si su escritura, dotada de una enorme sensibilidad, se tomara más tiempo en estas páginas a la hora de hallar su equilibrio perfecto en la desmesura de las cimas.

Existe otra razón, si cabe más profunda, para esta diferencia. *Historia de una montaña* debería haber aparecido poco después de aquel libro anterior. Sin embargo, al final pasaron once años entre la publicación de uno y otro, en los que Reclus experimenta aquello que relata al comienzo de este: «Estaba triste, abatido, cansado de la vida. El destino había sido duro conmigo, me había arrebatado a seres queridos, había arruinado mis proyectos, había reducido a la nada mis esperanzas. Aquellos a quienes llamaba amigos se habían vuelto en mi contra al verme asaltado por la desgracia; la humanidad en su conjunto, con sus intereses en conflicto y sus pasiones desatadas, me parecía horrible. Quería escapar a toda costa, ya fuera para morir o para recuperar, en soledad, mi fuerza y la calma de mi espíritu».

Resumamos aquellos acontecimientos en pocas palabras. Para empezar, durante aquella década larga, Élisée perdió a dos mujeres a las que amó con locura, Clarisse y Fanny, fallecidas ambas al dar a luz con apenas cinco años de distancia. Entre estas trágicas pérdidas, atravesó la dura prueba política que supuso la Comuna de París: su compromiso con las tropas federadas (compuestas por ciudadanos comunes y obreros que se opusieron al Gobierno de Versalles y, en muchos casos, perdieron la vida), su detención, sus múltiples encarcelamientos, la condena que lo llevó a la deportación y que finalmente se conmutó por el destierro. Exiliado en Suiza a partir de 1873, probablemente escribió algunas páginas de su *Historia de una montaña* en prisión,

con el único recuerdo de las marchas realizadas años atrás en los Pirineos, los Alpes o la Sierra Nevada de Luisiana. El sufrimiento y la desesperanza debieron de ser tales que por momentos perdió la fe en el ser humano, hasta temer caer en la desesperación. Y como lectores tenemos la sensación de que es precisamente mediante la escritura, en el viaje mental y metódico que realiza hacia los vapores azulados de las cumbres, bañado por una atmósfera libre de los venenos de la ciudad, como, poco a poco, se sana para volver a alzarse.

Así, en algunos pasajes de este bellissimo libro, el lirismo de Reclus recuerda al de Jules Michelet o al del entomólogo Jean-Henri Fabre, y algunas descripciones evocan paisajes que nos llevan a pensar en Caspar David Friedrich o en William Turner. Es probable que esta impresión se deba a la presencia de un «yo» en todo momento relativo, entregado a la montaña, que no busca nunca ponerse en primer plano. Rechazando cualquier postura heroica, Élisée confiesa su preferencia por las crestas secundarias, desde donde su mirada abarca las cimas más altas al mismo tiempo que el cielo y los valles. No busca dominar o sobrevolar los paisajes; al contrario, devuelve al ser humano el valeroso pero humilde lugar que le corresponde.

Y si al comienzo domina el sentimiento amargo del que abandona la ciudad por la montaña, poco a poco descubrimos que este movimiento lo lleva, precisamente, a reconciliarse con sus hermanos humanos. Capítulo tras capítulo, percibimos que su corazón, endurecido por la desgracia y el horror vividos, va recuperando la confianza en esos seres desposeídos y miserables, a quienes, por ejemplo, las grandes empresas madereras les arrebatan los bosques protectores y que, a pesar de todo, se quedan en sus aldeas, expuestos ahora a las avalanchas, pero

libres. Aún más sorprendente es su encuentro con una cretina de los Alpes, que al principio le inspira temor, pero cuya benévola atención consigue encarrilarlo a él, el sabio descarriado. La lección es, ante todo, de humildad.

Por último, el capítulo sobre los animales es quizá el más revelador de este movimiento que lleva a Reclus a fundir al ser humano con la naturaleza. Si en las primeras páginas confronta a los grandes carnívoros —llegando incluso a expresar una clara animadversión hacia el feroz lobo—, pronto entendemos que lo hace sobre todo como reacción contra aquellos que han convertido a estos animales en un símbolo de poder y dominación. Para él, los «verdaderos» animales de la montaña son los rebecos: ágiles y elegantes, dóciles y sociables, capaces de escapar de los cazadores y de escalar en unos cuantos brincos cualquier precipicio vertiginoso. Y, continuando con esta lógica, que persigue la fusión natural entre el habitante de las montañas y su entorno, evoca a la liebre que cambia el color de su pelaje, a la marmota en su madriguera, al topillo en sus laberínticas galerías, a los insectos de corta y lenta vida, y, por último, los animálculos que, según los montañeses, «pudren» la nieve, pero que, según los sabios, «son miles de millones de seres que se agitan, viven, aman, se propagan y se comen entre sí».

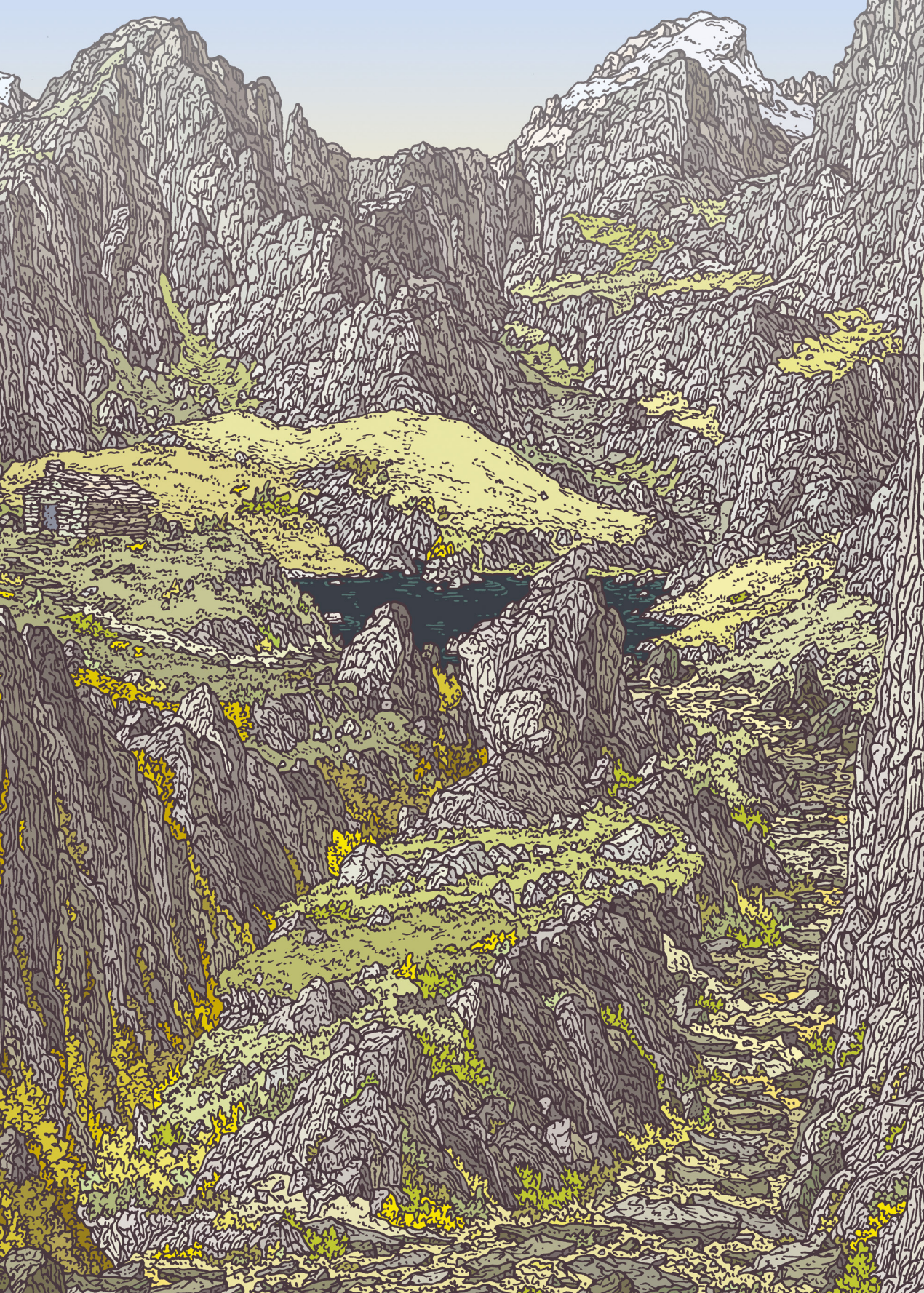
Porque, al fin y al cabo, ¿no es ese el verdadero movimiento de este libro: el abrazo perpetuo de lo vivo y de la voluntad de concebirse a sí mismo como un acto de regeneración? En el capítulo titulado «La destrucción de las cimas», Élisée muestra una materia móvil que no deja de morir y renacer. Bajo su pluma, la montaña se derrumba, salta, brinca, ruge y vuelve a ser agua. Las cadenas montañosas no son más que olas más altas e impresionantes que las que vemos en el mar. Otros pasajes

coquetean con la misma embriaguez, con el vértigo que nos invade sin remedio ante la escala inconmensurable de los tiempos geológicos.

Y, como suele ocurrir con los libros de Reclus, cada relectura hace brotar evidentes acentos de modernidad, por momentos asombrosos. Más allá de las cuestiones sociales o ecológicas cruciales que aborda con lucidez, como la colonización industrial de las tierras salvajes o los desplazamientos de las poblaciones relacionados con el clima, Élisée nos ofrece un ejemplo del posible reencantamiento del mundo a través de la ciencia y de los sueños, desplegado de forma entreverada en los cuentos y los mitos que invoca constantemente.

Ante un mundo amenazado por todas partes, habitado por el disgusto que tantas veces sentimos hacia la humanidad y sus acciones, hoy tenemos una experiencia muy similar a la que nos relata Reclus al comienzo de su narración. Y al cerrar este libro —en mi caso por tercera vez—, por fin comprendo dónde reside el interés conmovedor de este texto y a qué nos obliga de manera literal: a la misma «reconquista» de la alegría y del mundo, al mismo abrazo, si no de los ideales libertarios (seguramente recomendables...), al menos del reencantamiento de nuestro pensamiento, sin el cual nuestro espíritu no es más que un charco de agua estancada.

Historia de una montaña



CAPÍTULO 1

EL REFUGIO

Estaba triste, abatido, cansado de la vida. El destino había sido duro conmigo, me había arrebatado a seres queridos, había arruinado mis proyectos, había reducido a la nada mis esperanzas. Aquellos a quienes llamaba amigos se habían vuelto en mi contra al verme asaltado por la desgracia; la humanidad en su conjunto, con sus intereses en conflicto y sus pasiones desatadas, me parecía horrible. Quería escapar a toda costa, ya fuera para morir o para recuperar, en soledad, mi fuerza y la calma de mi espíritu.

Sin saber muy bien adónde me llevaban mis pasos, salí del bullicio de la ciudad y me dirigí hacia las grandes montañas, cuyo perfil dentado divisaba en el horizonte. Caminaba sin rumbo fijo, siguiendo los atajos que encontraba y deteniéndome por la noche en las posadas apartadas. El sonido de una voz humana, de un paso, me hacían estremecer; pero, en soledad, escuchaba con melancólico placer el canto de los pájaros, el murmullo del río y los mil rumores que escapaban de los tupidos bosques.

Avanzando siempre al azar por carreteras o senderos, llegué a la entrada del primer desfiladero que se introducía en la montaña. La amplia llanura rayada de surcos se detenía bruscamente al pie de las rocas y las laderas cubiertas de castaños. Las altas cimas azules que antes se divisaban a lo lejos habían

desaparecido detrás de otras menos altas pero más cercanas. A mi lado, el río, que más abajo se extendía en un vasto manto, ondulaba ahora entre las piedras, fluyendo rápido entre rocas lisas y cubiertas de musgo negruzco. Por encima de cada orilla, una colina, primeros contrafuertes de las montañas, erigía sus escarpes; en una de ellas se alzaban aún las ruinas de una gran torre que en otro tiempo fue la guardiana del valle. Por fin había dejado atrás la región de las grandes ciudades, el humo y el ruido; a mi espalda quedaban enemigos y falsos amigos.

Por primera vez en mucho tiempo sentí una alegría auténtica. Mi paso se volvió más ligero, mi mirada más segura. Me detuve para aspirar con voluptuosidad el aire puro que bajaba de la montaña. En este lugar ya no hay grandes carreteras, habían desaparecido las llanuras bajas y estaba en la montaña, aún no esclavizada. Un sendero, trazado por cabras y pastores, se desprende del camino más ancho que sigue el fondo del valle y sube oblicuamente por la ladera hacia las alturas. Es el que tomo para asegurarme de estar al fin solo.

A medida que subo, con cada paso que doy, se hacen más pequeños los hombres que caminan por el sendero del fondo. Las aldeas y los pueblos quedan medio ocultos a mi mirada por sus propios humos, una niebla gris azulada que se arrastra lentamente por las alturas y se desgarrá hacia el límite del bosque.

Hacia el atardecer, después de rodear varios acantilados rocosos, tras dejar atrás numerosos barrancos y cruzados, saltando de piedra en piedra muchos arroyos ruidosos, llegué a la base de un promontorio que dominaba en la lejanía grandes formaciones rocosas, bosques y pastos. En la cima apareció una cabaña llena de humo, y a su alrededor, en las distintas

laderas, pastaban rebaños de ovejas. Como una cinta desenrollada sobre el terciopelo del césped, un sendero amarillento subía hacia la cabaña y parecía detenerse allí. Más lejos solo veía profundos barrancos pedregosos, desprendimientos, cascadas, nieve y glaciares. Allí estaba la última vivienda del hombre. Era la choza que, durante largos meses, me serviría de refugio. Un perro y luego un pastor me recibieron amigablemente.

Con el paso de los días, sintiéndome libre ya, permití que mi cuerpo y mi vida comenzaran a renovarse al ritmo de la naturaleza. A veces vagaba entre un caos de piedras derrumbadas de una cresta rocosa; otras deambulaba sin rumbo por un bosque de abetos; o subía a las cimas más altas para sentarme en una cumbre que dominaba aquel territorio. A menudo, también, me adentraba en algún barranco profundo y oscuro donde podía crearme enterrado en los abismos de la tierra. Poco a poco, bajo la influencia del tiempo y de la naturaleza, los fantasmas lúgubres que acechaban mi memoria aflojaron su presa. Ya no caminaba solo para escapar de mis recuerdos, sino también para dejarme imbuir por las impresiones del entorno y disfrutarlas, casi sin darme cuenta.

Si, desde mis primeros pasos en la naturaleza, había experimentado un súbito sentimiento de alegría, se debía a que me había internado en la soledad y a que las rocas, los bosques, todo aquel mundo nuevo se alzaba entre mí y el pasado. Pero, un buen día, comprendí que además otra pasión se había deslizado en mi alma. Amaba la montaña por sí misma. Amaba su rostro tranquilo y soberbio, iluminado aún por el sol cuando aquí ya me cubría la sombra; amaba sus fuertes hombros cargados de hielo y reflejos azules; sus laderas, donde los pastos se alternan con los bosques y los pedregales; sus poderosas raíces

que se extienden en la lejanía, como las de un árbol inmenso, separadas por valles con sus riachuelos, sus cascadas, sus lagos y sus prados. Me gustaba todo de la montaña, también lo más pequeño, un musgo amarillo o verde que crece en una roca, una piedra que brilla en cualquier pradera.

Del mismo modo, el pastor, mi compañero, cuya compañía al principio casi me había disgustado, como representante de esa humanidad de la que yo huía, se había vuelto gradualmente cada vez más necesario para mí. Poco a poco había nacido la confianza y la amistad. Ya no me limitaba a darle las gracias por la comida que me traía y por los cuidados que me prodigaba, sino que lo observaba y trataba de aprender lo que podía enseñarme. Muy ligero era el bagaje de su instrucción, pero, cuando el amor por la naturaleza se apoderó de mí, fue él quien me reveló la montaña donde pastaban sus rebaños y que lo había visto nacer. Me dijo uno a uno el nombre de las plantas, me mostró las rocas en las que se hallaban cristales y piedras raras, me acompañó a las vertiginosas cornisas de los abismos para indicarme el camino que debía seguir y cómo atravesar los pasos difíciles. Desde lo alto de las cimas me señalaba los valles, me trazaba el curso de los torrentes; luego, de vuelta a nuestra cabaña, por lo general llena de humo, me contaba las historias y leyendas del lugar.

A cambio, yo le explicaba, mal que bien, cosas que él no entendía y que ni siquiera había deseado comprender. Pero su inteligencia se iba abriendo poco a poco, se volvía ávida. Yo disfrutaba al repetirle lo poco que sabía y al ver cómo se le iluminaban los ojos. Una nueva fisonomía se despertaba en ese rostro antes grueso y tosco; su talante antes despreocupado se tornó reflexivo sobre sí mismo y sobre los objetos que lo rodeaban.

Y, mientras instruía a mi compañero, me instruía también a mí mismo, porque, al tratar de explicarle al pastor el funcionamiento de los fenómenos de la naturaleza, logré comprenderlos mejor y me convertí en mi propio alumno. Así, impulsado por el doble interés que me proporcionaban el amor por la naturaleza y la simpatía por aquel semejante, intenté conocer la vida presente y la historia pasada de aquella montaña en la que vivíamos como pulgones en la piel de un elefante. Estudié la enorme masa rocosa que la constituía y los accidentes que, según los puntos de vista, las horas y las estaciones, le dan una gran variedad de aspectos; algunos elegantes, otros terribles. Estudié sus nieves, sus hielos y los meteoros que la asaltan, así como las plantas y los animales que habitan su superficie. Intenté comprender también lo que la montaña había sido para la poesía y la historia de unas naciones y otras, el papel que había desempeñado en los movimientos de los pueblos y en el progreso de la humanidad.

Lo que aprendí se lo debo a la colaboración de aquel pastor y también, he de reconocerlo, a la colaboración del insecto, la mariposa y el pájaro cantor. Si no hubiera pasado largas horas tumbado en la hierba, mirando o escuchando a estos pequeños seres, mis hermanos, tal vez no habría comprendido hasta qué punto está viva esta gran tierra que acoge en su seno a todo tipo de seres y los sostiene, junto a nosotros, en el cosmos insondable.